



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

La leyenda del periodista que no pudo salir del Manicomio de Mérida, Yucatán.

Ricardo Cabrera
Abril 28 de 2020

Si alguna vez, has tenido la oportunidad de estar en la hermosa ciudad de Mérida, en el estado de Yucatán y te has dado la oportunidad de ir al Parque



Zoológico del Centenario, es posible que hayas podido ver un edificio de dos pisos pintado en color beige con tonos blancos. Este edificio, que hoy alberga, el Centro Estatal de Bellas

Artes fue construido durante el porfiriato. Sus paredes han sido los testigos mudos, no solo de gente dedicada al arte. La construcción, fue inaugurada en 1906, por el entonces presidente de México, Porfirio Díaz Mori y el gobernador del estado Olegario Molina Solís y albergó el Manicomio de la ciudad de Mérida; llamado Asilo Ayala. En honor al principal benefactor: Leandro Ayala, cuyos importantes donativos conjuntamente con aportaciones del gobierno permitieron la construcción de dicho lugar.



El emblemático lugar se mantuvo a la vanguardia en el tratamiento psiquiátrico de sus pacientes durante el porfiriato. Sin embargo, como todas las instituciones de este tipo, sus instalaciones se llenaron de las historias tristes de los alienados que tuvieron la mala fortuna de habitarlos.

Durante décadas las paredes se impregnaron con los gritos de desdichados privados de la razón, sus pasillos conocieron el ambular de historias rotas, perdidas en el tiempo y que se quedaron a medio escribir.

En Mérida, se cuenta, para quien quiera oír, la siguiente leyenda.

Ocurre hace mucho tiempo, la fecha exacta se ha perdido, pero eso, resulta ser lo menos importante. Un periodista, cuyo tedio lo había llevado a renegar de su profesión, debido a lo repetitivo de sus notas, busco en el director la aprobación para escribir sobre algo diferente. Los últimos reportes presentados por profesionista dejaban entrever que en efecto ya no sentía la misma estima y amor por su trabajo. Su vida en el hogar, por otro lado, se había vuelto un tanto monótona, necesitaba urgente un cambio de aires. Así que con permiso o no, el buscaría sus historias. Dado que contaba con el aprecio de su jefe, obtuvo el permiso para poner en marcha una idea que venía albergando en su cabeza desde hacía ya algún tiempo: Iniciar una investigación sobre los manicomios. Decidido, preparo su equipaje y se trasladó hasta la ciudad de Mérida, la desaprobación de su mujer no fue obstáculo. Estaba empeñado en dar forma a su historia. Además, decidió no confiarle a ella sobre sus intenciones, no deseaba preocuparla.

Se trasladó por carretera, buscando encontrar en el camino otras historias que pudieran servir a sus nuevos propósitos.



El viaje había sido pesado en exceso, deseaba llegar ya a su hotel, pensaba en dirigirse muy temprano a las instalaciones del antiguo manicomio. Había escuchado lo que se decía respecto a sus instalaciones. Hablaban sobre posesiones demoníacas ocurridas en su interior, de enfermos cuyos padecimientos se escapaban a las explicaciones de la ciencia, e incluso, era común la visita de sacerdotes para exorcizar demonios, todo esto con el conocimiento de las autoridades del hospital. Estaba interesado especialmente sobre la posesión de un joven de unos veinte años. Se decía que en él residía un ente llamado Zabulón y que, ante la gravedad del caso, habían solicitado a la familia que se llevara a su paciente.

La noche empezaba a caer, el cansancio estaba al límite. Iba concentrado en el giro que le daría a la historia, cuando su coche sufría una avería dejándolo en el medio del camino.

Se bajó del auto, ni siquiera intentó ver que ocurría con él. Sus conocimientos de mecánica le decían que si intentaba “arreglarlo” era muy posible que el vehículo quedara inservible por siempre. Caminó por un rato, nadie acudió en su auxilio.

Caminó a lo largo de carretera que daba entrada a Mérida (Hoy Itzáes). Era noche cerrada, a un costado, pudo distinguir un edificio que decía: Asilo Ayala, lucía bastante lóbrego a esas alturas de la noche, realmente se sintió intimidado, no se escuchaba ni un ruido, era la única construcción en el solitario paraje. La idea de acercarse a pedir ayuda a ese lugar a esas horas de la noche, no le pareció una buena idea, podrían molestarse si descubrían que serían objeto de una investigación por su parte.



Desesperado, indeciso, no supo de dónde provino una luz blanca, cegadora que lo envolvió. Se vio privado de la conciencia y la oscuridad se hizo para él.

Despertó con una sensación relajada, el lugar le era desconocido. Una doctora con una sonrisa amigable colocó su mano sobre su hombro diciéndole que estaba bien. Que lo habían encontrado a las puertas de la institución y le habían dado asilo durante la noche. Le comentó, que ya era muy tarde, que lo mejor sería que se quedará en la habitación por esa noche. El joven agradeció y se dispuso a dormir en el interior del manicomio.

Al día siguiente, se despertó, su intención de salir, se quedó en eso, la intención. La misma doctora, le explicó que por el momento no podía atenderlo, pero que, si él se quedaba, le contaría sobre la historia del hospital y su funcionamiento. Ante la perspectiva, decidió quedarse una noche más. A diferencia de la noche anterior, donde la tranquilidad lo acompañó, escuchó gritos provenientes de algún lado que no alcanzaba a ubicar. En realidad, parecían provenir de todos lados. Su vocación de periodista salió a flote, le pedían que investigara, intentó salir, pero las puertas estaban cerradas. Por la mañana intentó irse, nuevamente la doctora se lo impidió, le dijo que le explicaría los motivos de los gritos, no supo cómo fue convencido de quedarse. La sesión de gritos lo acompañó durante toda la noche. Temprano por la mañana fueron a buscarlo, lo redujeron por la fuerza, le colocaron una camisa de fuerza y lo trasladaron a una sala donde fue sometido a una terapia de electrochoques. Las descargas eléctricas en su cerebro le hicieron perder la noción del tiempo. Todos los días eran iguales. Su inestabilidad emocional lo tenían en una fragilidad tal, que sentía que, de un momento a otro, su cordura colapsaría. Viendo que no representaba peligro alguno, le retiraron la camisa de fuerza y le dejaron vagar por los corredores del



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

manicomio, se cruzaba con entes de mirada perdida que, de vez en vez, gritaban sin motivo aparente. Descubrió un teléfono colocado en lo que pensó sería la recepción. Sin pensarlo dos veces, hizo una llamada a su esposa, Le contestó una mujer apremiándolo para que le dijera quien era. Estupefacto por no ser reconocido por su esposa, le juraba que era él, que estaba en Mérida y se encontraba atrapado en el manicomio. La respuesta que escuchó le hizo caer el teléfono de sus manos.

- Es imposible lo que dice, mi esposo murió hace dos semanas, por favor deje de ser impertinente.

La doctora estaba junto él, se acercó a su oído y le dijo. Este lugar, es tu purgatorio, y estarás en él por una eternidad.

Hoy día, puedes visitar las instalaciones, pasear por sus jardines. No sientas temor, dejó de ser un manicomio hace mucho tiempo ya.

Por las dudas, ve acompañado. 